



La edificación del Palacio

La historia antigua no relata ningún otro episodio más sorprendente que la edificación del Hermoso Palacio (Génesis 1:26–31). Precisamente por esto siempre han existido hombres que han dudado de la veracidad del relato.

Sin embargo, hombres sabios de todas las edades han coincidido en que los hechos expuestos en la historia con relación al Hermoso Palacio son verídicos en cada detalle.

Se dice que hace mucho tiempo en la tierra existió un gran Rey que decidió edificar para sí, en cierto lugar, un palacio (1 Corintios 3:16–17).

Ahora bien, debe saber que este Rey era omnipotente (todopoderoso), omnisciente (que lo sabe todo) y bueno en gran manera. Por eso llamó a sus arquitectos, ingenieros y todos los constructores en general para darles a conocer sus instrucciones y sus planes. Al verlos, ellos quedaron extremadamente maravillados. Nunca antes había existido

semejante palacio, por lo que unos a otros exclamaron con gran gozo: “¡Una obra formidable y maravillosa!”

En resumen, las instrucciones del Rey fueron las siguientes: los cimientos y las paredes del palacio debían ser de materiales preciosos, y el palacio constaría de tres partes fundamentales:

Al centro estaría la Ciudadela, espléndida en su interior por el arte de sus tejidos y su tapicería. En seguida se hallaría el patio central, que rodearía por completo la Ciudadela. Por último, se construiría el atrio exterior de tal magnitud que ningún enemigo jamás pudiese entrar.

El palacio fue terminado a su debido tiempo a entera satisfacción del Rey. Él inspeccionó minuciosamente cada aspecto y al fin pronunció que todo era bueno en gran manera. ¡Y en verdad había tanto en este palacio que deleitaba al ojo y alegraba al corazón, que lo llamaron el Hermoso Palacio!

Poco después, el Rey dio a conocer su deseo de encontrar a un guardián adecuado. Su elección recayó sobre un joven prometedor, de buen carácter, inteligente, de buenos modales y valiente. Muy pronto, el Rey lo contrató para que fuese el guardián del palacio, ofreciéndole un buen salario y una recompensa real a cambio de su servicio fiel.

Una vez resuelto este asunto, el Rey dio a conocer su deseo y voluntad de salir por un tiempo prolongado a otra parte de sus dominios (Lucas 19:13).

En vista de ello, llamó al Guardián ante él para entregarle un Libro que contenía ciertas instrucciones que debía cumplir al pie de la letra durante su ausencia.

—Vigila mi palacio con toda diligencia —le dijo—, como si fuese un asunto de vida o muerte. No temas a ningún enemigo desde las afueras, por cuanto ningún adversario podrá ingresar a menos que decidas renunciar a tu lealtad para conmigo y voluntariamente lo permitas entrar; pero mantén una cuidadosa vigilancia del interior (1 Tesalonicenses 5:23). En especial, ten cuidado de un cierto Duende, que no sólo es cruel y sanguinario, sino que tiene una habilidad única de derrochar y minar en este universo. Ten cuidado, te advierto, porque es traidor y tiene poder para disfrazarse de tal modo que puede engañar a cualquiera menos que a mí. De aparecer en cualquier parte del palacio, lo cual es muy probable, no converses con él, sino más bien échalo fuera en mi nombre, porque buscará hacerte cautivo.

“No obstante, en vista de cualquier eventualidad, recuerda lo siguiente: De necesitar ayuda en cualquier momento, sube a la atalaya de la Ciudadela y clama fervientemente: ‘¡Auxilio! ¡Auxilio!’ De inmediato acudirá en tu ayuda el Poderoso, que es el principal Señor en esta parte de mis reinos (Salmo 145:18–19). Es más veloz y más fuerte que el viento y su mayor gozo proviene de luchar a favor de los débiles, en alentar a los de poco ánimo y consolar a los que están de luto (Isaías 65:24). Nadie puede resistir su poder. Por tanto, no te olvides de clamar a él si te encuentras con necesidad.

El joven Guardián alegremente prometió cumplir con todo ello y luego preguntó si había algo más que el Rey pudiera asignarle para poder así demostrar su completa

diligencia y fidelidad.

—Sí —respondió el Rey—, quisiera que los jardines del palacio fuesen sembrados de flores que se destaquen por su elegancia y belleza. Que hayan eras de especias, y en especial dedícate a cultivar la rosa y el lirio en abundancia, porque a esas flores aromáticas soy extremadamente aficionado (Cantares 6:2). Sin embargo, no te pido que hagas nada más allá de tu capacidad. Por lo tanto, recuerda que recibirás de inmediato y con gusto cualquier ayuda que necesites en la custodia, el mantenimiento o el embellecimiento del palacio si tan sólo solicitas los buenos oficios de mi principal Señor de esta región. ¡Que lo pases muy bien! ¡Ocúpate entre tanto que vengo!

Con esta última orden el Rey se marchó, y el Hermoso Palacio quedó a cargo del joven Guardián.



La invasión del Palacio

Es un gusto relatar que el Guardián del Hermoso Palacio durante muchos meses cumplió fielmente con su gran responsabilidad. No sólo protegió con celo el tesoro de su Señor el Rey, sino que también atendió con esmero los jardines del palacio. Con una habilidad admirable, él cultivó muchos y exóticos especímenes de la rosa, e hizo que abundaran puros y hermosos lirios. Todas las sendas permanecieron limpias y arregladas, y no hubo señas de un solo cardo ni espina.

Así llegaron y pasaron las estaciones y los años; pero aunque a diario vivió a la expectativa del regreso del Rey, su venida se demoró inexplicablemente.

Por fin, cuando a simple vista los jardines del Hermoso Palacio lucían intactos en elegancia y belleza, el Guardián se convenció de que podía disminuir un poco su actividad y vigilancia. Se daría el gusto de pasarse un día de completo descanso y placer.